

Reactivación económica para el *Buen Vivir*: un acercamiento

Magdalena León T.

Tanto la caracterización de la crisis como las propuestas de 'salida' se encuentran hoy en disputa. En ese marco de múltiples miradas, y a manera de constatación, vale distinguir entre la crisis del capital y la crisis generada por el capital.

Las crisis del capitalismo, que tienen que ver con las formas de profundizar la acumulación y ampliar la ganancia, se han vuelto más y más complejas. La actual crisis suma dimensiones financieras y otras, pero además da cuenta del agotamiento ambiental, de las implicaciones de la depredación y explotación que hacen insostenibles los esquemas de producción y consumo predominantes, lo cual nos coloca ante un escenario futuro que solamente puede ser diferente. Para muchos, sin embargo, la crisis sigue siendo leída sólo en términos de mercado y se despliegan ya pseudo salidas bajo el formato de 'negocios verdes'.

Por su parte, la crisis generada por el capital o por el capitalismo ha sido vivida y percibida por nuestras sociedades como una crisis permanente: tiene que ver con sus impactos en las condiciones de subsistencia, con sus implicaciones en los modos de organizar la producción y la reproducción, en los modos de organizar la vida misma. Esta confrontación entre la lógica del capital y la lógica de la vida ha sido una constante en nuestra historia desde la imposición del capitalismo, pero es, al mismo tiempo, una base para las alternativas en tanto la lógica de la vida resiste y se proyecta como única opción de futuro.

La lectura de mercado sitúa también unos ac-

tores: se trata de empresarios, trabajadores y Estado, desde un imaginario que recorta la realidad -y es además un imaginario masculinizado-. Las 'salidas' conjugan esos actores y añaden la dimensión ambiental, proyectando una ya anterior incursión en la 'economía verde' hacia supuestas soluciones que conjuguen negocios y ganancias con sustentabilidad. De hecho, cuando la crisis estalló en 2008, voces empresariales y de los gobiernos del Norte no dejaron de sorprendernos con sus declaraciones casi radicales sobre la pertinencia de intervención del Estado, el fracaso del libre mercado y la urgencia de cambio de patrón civilizatorio. Ese tono se ha atenuado en los meses subsiguientes, pero quedó un saldo de desplazamiento en los discursos.

Desde la perspectiva de la crisis permanente, fruto de la confrontación entre la lógica del capital y la lógica de la vida, el momento actual supone también esclarecer posturas políticas. ¿Nos corresponde hablar desde las salidas a la crisis, de modo reactivo o, más bien, del cambio, de las transformaciones estructurales? Las experiencias en curso en América Latina no dejan lugar a dudas: nos ubicamos en el terreno de los proyectos de cambio y su profundización, avances que, en algunos casos, han dado ya la pauta para responder a los impactos de la crisis del capital.

Eso no es un matiz menor. La disyuntiva se expresa en debates como los que se dan, por ejemplo, en el proceso Foro Social Mundial y Foro Social Américas. Para el año 2010 el FSM ha propuesto colocar como centro de su debate el tema de *nuestra salida a la crisis*. Esta

propuesta, que parece muy válida a nivel mundial, en América Latina provoca interrogantes ¿lo que buscamos es solamente una reacción a la crisis del capital o se trata de propuestas de cambio que ya tienen un arrastre histórico anterior y un horizonte distinto? Los matices de lectura suponen matices en las salidas.

El Buen Vivir y la economía para la vida

En esa búsqueda de cambios -que va mucho más allá de las salidas a la crisis del capital- se ubican avances recientes como es la formulación constitucional de la noción del Buen Vivir (o Vivir Bien) y la importancia que adquiere la perspectiva de una economía para la vida. El Buen Vivir articula un acervo de visiones y prácticas presentes en nuestra historia y en nuestra realidad contemporánea y que por tanto son el sustento concreto de las alternativas. El Buen Vivir no es sólo una utopía hacia futuro, sino que nombra también porciones de nuestra realidad; hay en el aquí y ahora, en nuestro día a día, por así decir pedacitos de Buen Vivir que hacen viable esta propuesta.

En términos de la visión teórica y política que sustenta la propuesta del Buen Vivir, encontramos convergencias y articulaciones: visiones de los pueblos ancestrales, propuestas desde la economía feminista -que en términos temporales es precursora de la economía crítica: surge ya con un matiz anticapitalista, cuestionando la teoría económica por su parcialidad y por sus sesgos-. Están también en esta arena común la economía ecológica -más reciente-, así como corrientes de la economía cristiana o ecuménica, que han tenido todas ellas como preocupación común la vida. El gran salto que se hace en términos de discurso económico con la noción del Buen Vivir es desplazar a la acumulación como categoría central de la economía, y situar la vida con esa centralidad.

La economía para el Buen Vivir, por lo tanto, debe dar cuenta de la integralidad de los ciclos de producción y reproducción, asegurando condiciones para que todos los ciclos de

vida se reproduzcan. Ese es el principio y el fin de la economía. Lo que necesitamos ahora, entonces, es avanzar en visiones integrales sobre la economía que recuperen el conjunto de relaciones y de recursos que se movilizan en estos círculos de producción, de reproducción y de creación de riqueza, que para nada están circunscritos sólo al mercado, ni a aquello que se transa o se mide en dinero. Por eso una perspectiva de diversidad económica resulta inherente a la construcción del Buen Vivir: supone el registro de las experiencias diversas de producción y reproducción que están presentes aquí y ahora y que son la base para hacer viable la transformación, actuando con un sentido de reconocimiento y el fortalecimiento de esa diversidad.

Esto representa no sólo una salida hacia la reactivación económica, sino también una salida política, porque se trata de dar nombre y visibilidad a actores económicos que son a su vez potenciales voces políticas. Ahora, en buena medida, el espectro político está asfixiado o empantanado porque encontramos una reducida escala de vocería cuando se habla de la crisis y de sus salidas: están invariablemente las voces empresariales (sea en tanto 'sectores productivos' o en tanto políticos enquistados en gobiernos), y las voces marginalizadas de 'los pobres', vistos desde la desposesión, desde la escasez, pero no desde esa multiplicidad de formas de existir económicamente, de ser económicamente y de proyectarse con voz política. En el momento que reconocemos la diversidad económica, que reconocemos esas distintas maneras de hacer producción y reproducción, estamos también dotando de voz, dando visibilidad a actores económicos y políticos, con un proyecto de transformación, con un proyecto de cambio.

Desde esta visión de economía para la vida y el imperativo de actuar sobre la integralidad de ciclos de vida -donde ya no cabe la distinción entre seres humanos y naturaleza- la economía feminista ha hecho algunos aportes sustantivos. La propuesta de una visión ampliada de la economía, por ejemplo, que per-

mita ver la existencia e interrelación de los ámbitos productivo y reproductivo. O la noción más reciente y más de moda de 'economía del cuidado', que se refiere a ese conjunto de actividades, bienes y servicios necesarios para cuidar la vida de los seres humanos -todos/as necesitamos en menor o mayor medida de ser cuidados/as, y para ello se despliegan relaciones y acciones marcadas hasta hoy por desigualdades-. Así también ubicar la centralidad del trabajo en la economía y la importancia de las economías de subsistencia como un campo donde, precisamente, hay un protagonismo femenino de larga data.

Las tensiones entre crisis y Buen Vivir

La crisis del capital conlleva un énfasis de mirada en los temas financieros, del mercado y el dinero. La mayoría de recetas de salida también colocan esa centralidad en el dinero y las inversiones, dejando al margen al trabajo o reiterando esquemas de instrumentalización.

El eje articulador de la economía del Buen Vivir, al contrario, es el trabajo, no visto sólo como empleo o como empleo asalariado, sino bajo las múltiples formas de su existencia actual y de las posibilidades futuras, en un marco de retribuciones adecuadas que pueden ser de distinto tipo.

Entonces, un elemento en tensión fundamental es el tema de la centralidad asignada a las inversiones, lo que lleva a suponer que el principio y fin de la economía es el dinero. El dinero aparece como el motor de la economía y de la creación de riqueza; incluso en los casos en que es tomado como medio y no como fin en sí, aparece como un medio privilegiado. Precisamente un desafío clave del momento es tomar distancia de esa visión de la economía centrada en lo monetario, como fin y como medio, que se ha superpuesto a la economía del trabajo y de la supervivencia; la economía del dinero subsume y asfixia todas las prácticas y relaciones que buscan la supervivencia y la reproducción de ciclos de vida. Al mismo tiempo, en este momento hace falta

superar esquemas de producción, comercialización y consumo que depredan y destruyen los elementos básicos de la vida.

Desde el campo de los proyectos de transformación, se torna necesario superar esas tensiones; en tal sentido, algunas redefiniciones resultan urgentes. Por ejemplo, una redefinición de productividad. No podemos, bajo la lógica del Buen Vivir -que supone el logro de equilibrios de vida constantes-, seguir hablando de productividad sistémica, basada en una convergencia de recursos y factores hacia rendimientos y ganancias siempre crecientes. En su lugar, conviene pasar a una noción de productividad que ubique niveles óptimos, siempre variables, en condiciones dadas y situaciones específicas, con equilibrios en la utilización de recursos que permitan siempre la reproducción de ciclos de vida. Eso supone salir de la noción de *más* al infinito para ir a una noción de equilibrios variables, que siempre serán flexibles dependiendo de la situación dada.

Asimismo, la inversión debe pasar a ser vista exclusivamente como medio, especialmente la inversión pública; pero no como medio para 'apalancar' la inversión privada, para que se creen otros mercados y otros sectores de negocio; la inversión puede ser un medio para fortalecer una economía diversa y plural hacia el Buen Vivir. Se trata de generar las condiciones para ese otro tipo de equilibrio de recursos, capaz de ampliar las condiciones de reproducción de la vida -y esto implica transformaciones tecnológicas, de infraestructura, etc.-.

Conviene también un nuevo entendimiento de la diversidad productiva; ésta no puede quedar circunscrita a la diversidad de productos, sin que se ponga por delante la diversidad de relaciones productivas. No se trata de sumar al petróleo, cacao y banano otros bienes con 'valor agregado' o industrializados, ni siquiera sólo de sustituir unos productos por otros. Hace falta hablar de la diversidad de formas de producción, que integran las decisiones básicas de qué y cómo producir; sólo desde el fortalecimiento de la diversidad productiva

se podrán superar los esquemas depredadores que subyacen a las decisiones basadas en la maximización de ganancias.

También resulta relevante rediscutir los matices implícitos en las nociones de mercado / mercados / mercantilización. A menudo se hace referencia a un orden que aparece como naturalizado e intocable, que delimita campos invariables: el trío mercado - Estado - sociedad, donde 'mercado' es sinónimo de economía; desde esta perspectiva lo que habría que cambiar es sólo el equilibrio entre ellos, lo que es sin duda más que insuficiente. Las relaciones de mercado -que no se limitan al intercambio sino a la mercantilización y apropiación privada de todos los medios de vida- no abarcan toda la economía ni pueden ser tomadas como el ideal. El Estado que hemos conocido, privatizado, operando en función de los intereses del mercado, sólo empieza ahora a redefinirse en función de lo público, del bien público. La sociedad -por supuesto nada homogénea- también 'empresarializada' en sus voceros e imaginarios, o despojada de su protagonismo en la arena de la economía, está en plena redefinición. Así, no basta otro equilibrio, sino redefiniciones de fondo.

Otra revisión indispensable se refiere a la complementariedad. Tiene varias connota-

ciones y ámbitos de aplicación, pero sea alude a ella especialmente en torno a las relaciones comerciales, o más aún a la integración entre los países. Para este caso, la complementariedad no puede ser fija o estática sino provisional, fluida, en afinidad con esos equilibrios cambiantes para el Buen Vivir. En lo inmediato se ha subrayado la necesidad de cambiar nuestros patrones productivos, por tanto, nuestras economías serán complementarias de una cierta manera ahora, y de otro modo mañana y pasado mañana.

Este rápido repaso de redefiniciones necesarias tiene un sentido de urgencia en los países que estamos ya recorriendo una ruta hacia las transformaciones; redefinir la economía no es una proyección utópica o discursiva, ligada a ese Buen Vivir del mañana, sino una urgencia de hoy para recuperar esos pedacitos de Buen Vivir que hacen parte del presente, protagonizados por actoras/es subalternos de la economía que resultan la clave en la construcción de esa otra economía que queremos. ◀

Magdalena León T. es economista ecuatoriana, integrante de la Red Latinoamericana de Mujeres Transformando la Economía -REMTE-. Ponencia presentada en el *II Seminario Internacional de Pensamiento Crítico*, IAEN, Quito, 9-11 diciembre 2009. (Versión editada por la autora).